

VIDAS BREVES

Primera edición: diciembre de 2016

© 2016, Juan Pimentel, por el prólogo

Copyright de la traducción:

© 2016, Fernando Toda Iglesia

Selección de Fernando Toda y Juan Pimentel

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño y maquetación: Arcadio Mardomingo

© 2016, de la presente edición en castellano:

Ediciones La uña Rota, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

ISBN: 978-84-95291-47-9

D.L.: SG 364-2016

IBIC: BGL, BJ

Impresión: Villena Artes Gráficas

Printed in Spain – Impreso en España

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



JOHN AUBREY

VIDAS BREVES

TRADUCCIÓN

FERNANDO TODA IGLESIA

PRÓLOGO

JUAN PIMENTEL



Ediciones La ña RoTa
Colección Libros del Apuntador

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| PRÓLOGO. | 11 |
| SOBRE ESTA TRADUCCIÓN | 27 |
| | |
| GEORGE ABBOTT | 33 |
| THOMAS ALLEN. | 35 |
| FRANCIS BACON, VIZCONDE DE ST. ALBANS. | 37 |
| ISAAC BARROW | 49 |
| FRANCIS BEAUMONT Y JOHN FLETCHER | 55 |
| SIR HENRY BLOUNT | 57 |
| CAISHO BORROUGHS | 61 |
| EL HONORABLE ROBERT BOYLE | 63 |
| HENRY BRIGGS | 65 |
| SAMUEL BUTLER. | 67 |
| SIR WILLIAM DAVENANT | 71 |
| JOHN DEE | 77 |
| RENÉ DESCARTES | 81 |

| | |
|--|-----|
| DESIDERIUS ERASMUS (ERASMO DE RÓTERDAM) . | 83 |
| EDMUND GUNTER | 87 |
| EDMUND HALLEY | 89 |
| THOMAS HARRIOT | 91 |
| WILLIAM HARVEY | 93 |
| MARY HERBERT, CONDESA DE PEMBROKE. | 101 |
| THOMAS HOBBS | 105 |
| WILLIAM HOLDER. | 123 |
| ROBERT HOOKE | 127 |
| BEN JONSON | 133 |
| WILLIAM LEE | 139 |
| ANDREW MARVELL | 141 |
| SIR HUGH MIDDLETON | 143 |
| JOHN MILTON. | 145 |
| SIR JONAS MOORE | 153 |
| SIR THOMAS MORE (TOMÁS MORO). | 157 |
| RICHARD NAPIER | 161 |
| JOHN OGILBY | 163 |
| WILLIAM OUGHTRED. | 167 |

| | |
|---|-----|
| JOHN PELL | 173 |
| WILLIAM PENN | 181 |
| SIR WILLIAM PETTY | 185 |
| KATHERINE PHILIPS | 193 |
| FRANCIS POTTER | 195 |
| SIR WALTER RALEIGH | 199 |
| MARY RICH, CONDESA DE WARWICK | 211 |
| SIR HENRY SAVILE | 213 |
| JOHN SELDEN | 217 |
| WILLIAM SHAKESPEARE | 221 |
| SIR PHILIP SIDNEY | 225 |
| EDMUND SPENSER | 229 |
| THOMAS STREET | 231 |
| THOMAS STUMP | 233 |
| SIR JOHN SUCKLING | 235 |
| EDMUND WALLER | 241 |
| WALTER WARNER | 247 |
| JOHN WHITSON | 249 |
| JOHN WILKINS | 251 |

PRÓLOGO

Cuenta James Boswell en un pasaje de la *Vida de Samuel Johnson* cómo cierto día de julio de 1763, tratando de la costumbre de llevar un diario, el ingenioso doctor le recomendó que recogiera los pormenores de su vida, que escribiera abundantemente y sin reservas. A su juicio, se trataba de un ejercicio que le proporcionaría gran satisfacción «cuando los particulares se hubiesen borrado de su memoria». Boswell, que de hecho ya practicaba tan saludable hábito, reconocía que gracias al diario estaba en condiciones de ofrecer al mundo un elevado número de anécdotas que de lo contrario se perderían para la posteridad. Sin embargo, le avergonzaba poner por escrito demasiados incidentes de poca relevancia. «Nada es insignificante, señor –le interrumpió el Dr. Johnson–, para un ser tan insignificante como el hombre. Mediante el estudio de las nimiedades se domina el gran arte de sufrir de tan pocas desdichas y gozar de tanta felicidad como nos sea posible.»¹

Las *Vidas breves* de John Aubrey (1626-1697) parecen inspiradas retrospectivamente por la reflexión del venerable crítico de las letras inglesas: nada es insignificante para un ser tan insignificante como el hombre, o dicho de otra manera, todo es interesante para un ser tan devoto del conocimiento, tan curioso, como el hombre. Nada es pequeño, todo merece ser recordado. La voluntad de la escritura es fijar la vida, que se desvanece ante nuestros ojos.

1 James Boswell, *Vida de Samuel Johnson* (trad. de Miguel Martínez-Lage), Barcelona: Acanalado, 2007, p. 402.

De hecho, las dos estrategias de Boswell y Aubrey han sido elevadas como canónicas y opuestas dentro de las letras inglesas. Son dos modelos narrativos consagrados en el contexto de la biografía (ese género que ha crecido en las Islas como los helechos), dos modelos contruidos con métodos alternativos. La biografía del Dr. Johnson a manos de Boswell sería el epítome de la entrevista por extenso, la máxima expresión de la biografía periodística, el registro puntual de la conversación ilustrada y prolongada en el tiempo. Las *Vidas* de Aubrey, por el contrario, son retratos mínimos que huyen de la extensión y que se sostienen en lo anecdótico, lo trivial, lo aparentemente banal pero definitorio del personaje. El arte de Aubrey es un arte impresionista y en ocasiones expresionista. Le gusta la pincelada escueta y a menudo el trazo resuelto. El historiador victoriano Lytton Strachey dejó dicho que una biografía había de ser tan larga como la de Boswell o tan corta como cualquiera de las de Aubrey. Si la primera era el resultado de una agregación elaborada y monumental, las *Vidas* de Aubrey le parecían «imágenes vívidas de una o dos páginas, sin explicaciones, transiciones, comentarios ni palabrería». En fin, parafraseando la diferencia entre la novela y el cuento según Cortázar, lo que Boswell alcanza a los puntos, Aubrey lo gana por nocaut.

¿Pero quién fue John Aubrey? Un *gentleman* venido a menos de la era posisabelina, un diletante enamorado de la vida en tiempos de la revolución puritana, un hombre muy bien relacionado, anticuario, aficionado a las ciencias naturales, autor perspicaz e irónico. Si alguna vez el calificativo *witty* estuvo bien adjudicado fue para honrar a gente como Aubrey: agudo, ocurrente, maledicente, ingenioso, un punto perverso, esto es, más inglés que los helechos. Anthony Powell, el Proust británico que editó las *Brief Lives* en la década de 1940, ya dijo que a la pregunta «¿Cómo son los ingleses?» se le habían dado peores respuestas que la siguiente:

Lee las *Vidas* de Aubrey y lo sabrás, porque allí están, entretejidos con naturalidad, en toda su rica complejidad, el bien y el mal, el ingenio y la estupidez humana, la integridad y la hipocresía, la excentricidad, la melancolía y la grandeza de la raza inglesa.²

El lenguaje delata a sus usuarios: hoy nadie en su sano juicio hablaría de la *raza inglesa*, excepto ciertos seguidores de Nigel Farage y algunos votantes del Brexit, ese momento reciente en que la excentricidad inglesa –como me dijo un amigo– deja de tener gracia. Sin embargo, si sustituimos raza por «alma», «espíritu» o simplemente «carácter inglés», el diagnóstico de Powell resulta bastante certero. Las *Vidas breves* de Aubrey transpiran Inglaterra por todas sus líneas. Son como cubitos de caldo concentrado, contienen en dosis homeopáticas el humor sombrío y norteño, la inteligencia distante, la rabiosa independencia, la melancolía desatada de un pueblo emprendedor como pocos y conservador como ninguno. Por eso, precisamente, Aubrey interpreta tan bien y despliega en todos sus tonos la pérdida, el mar de fondo de las *Vidas breves*, el runrún de todas las formas de melancolía.

¿La pérdida de qué? De las costumbres y los amigos, de los tiempos felices, de los edificios y las cosas. Los ingleses llevan casi un siglo haciéndose a la pérdida del imperio (otros llevamos algo más, todo es acostumbrarse). En los días de Aubrey, como en los actuales, los ingleses se preguntaban por su identidad, conscientes de que la estaban perdiendo, entonces en pos de la Commonwealth (la república) o del reino unificado, ahora temerosos de ser engullidos por Europa o el mundo, de ser disueltos por la globalización o el tiempo, qué más da, los ingleses recelan ante cualquier amenaza real o supuesta a su identidad o su insularidad. Sus

2 Anthony Powell, *John Aubrey and his friends*, London: Mercury Books, 1963 (1ª ed. 1948), p. 13.

arrebatos emancipatorios proceden del miedo y la soledad, como los que acechaban a Robinson Crusoe en la isla de la desesperación.

John Aubrey nació el 12 de marzo de 1626 en Easton Piers, la mansión familiar en el condado de Wiltshire, al sur de Inglaterra, una región de suaves colinas y tierras altas. Su padre, Richard Aubrey, tenía posesiones rurales en Wiltshire y Herefordshire, heredadas a su vez de su abuelo, William Aubrey, un hombre de leyes destacado en la corte de la reina Isabel, miembro del Parlamento y profesor en Oxford.

Aubrey fue un niño solitario, enfermizo y curioso, interesado por el trabajo de los carpinteros, jardineros y demás operarios que trabajaban en Easton Piers. Pasó alguna temporada en Bristol con su padrino el concejal John Whitson, copropietario del *Mayflower*. Bristol le debió de parecer un lugar extraordinario, pues había fabricantes de relojes y cerrajeros. Su interés por los oficios mecánicos data de entonces y explica algunas de las inclinaciones de quien llegó a ser miembro de la Royal Society, la cuna del experimentalismo y la vida del laboratorio. También de chico le gustaban la historia y el dibujo, al tiempo que mostró una inclinación temprana por las antigüedades, habiendo querido el destino —según sus palabras— «colocarlo en el país más apropiado para tales investigaciones».

«Cuando yo era niño —dejó escrito— casi todo *gentleman* tenía un arpa en su hogar y algunos de ellos sabían componer en verso.» En aquellos días la gente creía en duendes y fantasmas. Pero las supersticiones iban a ser pasto de las llamas, como muchas de las iglesias y las venerables mansiones de la época de los Tudor donde vivían las clases acomodadas. Es éste el mundo al que dedicará su elegía años después, un mundo que se convierte en cenizas ante su incrédula mirada.

A la edad de 16 años, en mayo de 1642, fue enviado al Trinity College, en Oxford. Sin embargo, su estancia en la universidad se vio alterada por las guerras civiles y al poco por la viruela, que contrajo en 1643. La crisis del Parlamento Lar-

go se saldó con la división de los pares del reino (los miembros de la Cámara de los Lores): treinta permanecieron en Westminster, ochenta acompañaron al rey en su camino a Oxford, precisamente, donde acamparon sus huestes. Finalmente Carlos I levantó el estandarte real cerca de Nottingham y trató de cercar Londres, en manos del Parlamento y el ejército presbiteriano. Los días felices del Renacimiento tardío tocaban a su fin.

Cuando el 30 de enero de 1649 la cabeza de Carlos I rodó en el cadalso, todo el reino entró en una era de incertidumbre y estupor, una especie de estado de liberación y orfandad. La ruptura con el pasado fue traumática. Fue cerca de esas fechas cuando Aubrey comenzó a frecuentar los medios eruditos que se reunían en Oxford para practicar o debatir de filosofía experimental, los que pronto se trasladaron al Middle Temple y al Gresham College londinenses y finalmente constituyeron la Royal Society en 1660.

También había sido en 1649 cuando Aubrey recorrió en compañía de Charles Seymour los conjuntos megalíticos de Stonehenge y Avebury, convirtiéndose en el primer intérprete de estos destacadísimos restos prehistóricos, que identificó como arquitecturas de los druidas. En 1652 murió su padre, con quien había mantenido una relación esquivada. Heredó algunas de sus propiedades, Easton Piers incluida, pero también una serie de deudas y pleitos que acabaron por socavar sus finanzas. Liberado de la sombra paterna, se entregó al diletantismo, esto es, a saber de todo y a hablar de todo con todos. Pasó la mitad de su vida a lomos de su caballo, recorriendo los condados del interior y visitando a sus amigos, a los conocidos e incluso a los allegados o cercanos de sus conocidos. «Una vez me dijo el duque de Barmouth que el esposo de su hija mayor le contó que el mayordomo de la hacienda que tienen en Devon oyó hablar de un chamarilero que tenía una aguja imantada que señalaba siempre el punto donde se reunían más de dos o tres ángeles.» La frase no es de Aubrey, pero podría serlo.

SOBRE ESTA TRADUCCIÓN

Como señala Juan Pimentel en su prólogo, las *Vidas* que presentamos aquí traducidas son una selección de cincuenta y una de las 134 que editó Oliver Lawson Dick; concretamente las que incluyó en la edición que publicó en 1949, que él había elegido entre las 426 que dejó escritas Aubrey, según indicaba en su introducción. Para la traducción se ha usado la tercera edición, de 1958, en reimpresión de 1971.¹⁴ Como se desprende del prólogo, hemos incluido a muchas personas a las que hoy clasificaríamos como «de ciencias», aunque también las hay «de letras». Muchos de los hombres, además de dedicarse a una u otra rama (o a ambas), eran clérigos protestantes. Bien es verdad que, como comenta Pimentel, bastantes de estos textos no son propiamente «vidas», es decir biografías más o menos completas, sino meros apuntes biográficos sobre ciertas personas. Dick comentaba que algunas de las semblanzas que había omitido tan sólo constaban de dos palabras o de una frase. Así pues, aquí presentamos una selección sacada de una antología que ya se ha convertido en clásica, hasta el punto de que se reeditó en 2016.

Conviene señalar además que O. L. Dick advertía de que había expurgado las páginas de Aubrey que seleccionó para su edición, omitiendo cosas que le parecían irrelevantes, o aquellas partes en donde Aubrey había dejado espacios en blanco para rellenar más adelante. Por lo tanto, el cotejo de algunas de estas «vidas» traducidas con sus correspondientes

14 Oliver Lawson Dick, *Aubrey's Brief Lives* [1949], Londres: Secker & Warburg, 1958 (3ª edición).

versiones en una edición íntegra como la de Kate Bennett de 2015 no siempre coincidirá en cuanto a la cantidad de texto incluido; eso se debe a que decidimos que la traducción se haría a partir la edición de O. L. Dick.

En cuanto al modo de proceder al traducir, también conviene hacer notar que en algunos casos la versión española contiene algo más de información que el texto original: el criterio editorial ha sido el de producir un texto fácil de leer sin tener que incluir notas, tanto de tipo histórico o biográfico como de traducción. La edición de Dick no está anotada, aunque sí lleva una introducción en la que reconstruye la vida y la época de Aubrey usando partes de sus manuscritos; hemos querido que la lectura de la versión española de estas *Vidas* se haga también sin interrupciones, y para ello he explicitado algunas cosas que al público lector tal vez no le fueran conocidas. De este modo, cuando Aubrey habla de «su majestad» refiriéndose a algún rey o reina, a menudo se ha añadido el nombre, y algunas veces en las que menciona al rey «Charles», he indicado si es Carlos I o Carlos II. Más de una vez, cuando habla de la Restauración se añade el año: 1660. En ciertos casos en los que cita de pasada a algún sabio inglés o extranjero, dando sólo el apellido o el nombre latino por el que era conocido, he facilitado un poco más de información dentro del texto si parecía conveniente. Así por ejemplo, en las páginas dedicadas a Hobbes, el texto inglés nombra sencillamente a «Clavius», pero en la traducción se puede leer «el matemático Clavius». Igualmente, algunas alusiones a «the Fire» o «the Plague» se explicitan como «el Gran Incendio de Londres de 1666» o «la Peste de 1665».

En los casos de los topónimos, a veces se añade información sobre el condado de Inglaterra en donde se encuentra un pueblo, o cuando hay referencias a barrios de Londres se incluye que se encuentran en esa ciudad, aunque en algunos pasajes en los que se dan muchos detalles sobre calles o barrios se han omitido algunos. En el caso de iglesias y otros monumentos, se ha dejado el nombre en inglés, tal como se

conoce hoy en Inglaterra, de manera que la catedral de Londres aparece como St. Paul, no San Pablo.

La ortografía, tanto de los topónimos, nombres de edificios o instituciones como de los apellidos, se ha adaptado a la que se encuentra hoy día en las obras de consulta en inglés. El propio Aubrey era bastante descuidado en este aspecto; dentro de una misma «vida» un apellido o un topónimo puede aparecer con dos o más grafías. Dick mantuvo esas diferencias en su edición, pero el criterio en esta traducción ha sido éste, para facilitar al público la identificación de lugares y personajes.

En cambio, para mantener ese carácter de notas escritas rápidamente que tienen muchas de las «vidas», sí se han preservado algunas de las inconsistencias de los textos de Aubrey. Por ejemplo, los números a veces los escribe con palabras («he dyed about the seaventy-sixth yeare of his age» [sic]) y otras veces sólo escribe las cifras («at 16, he...»). En la traducción se ha hecho lo mismo. También, cuando el autor escribe *Mr.* por *Mister* se ha optado por usar *Sr.* en lugar de expandirlo a *señor* como se habría hecho, por ejemplo, en la traducción de una novela. Algo parecido ocurre con la sintaxis; Aubrey no siempre redacta oraciones completas, sobre todo en las descripciones físicas, en donde a veces sólo escribe una serie de adjetivos o frases, y eso se ha mantenido en la traducción para dar esa sensación impresionista y de inmediatez. En cambio, en otros momentos escribe oraciones muy largas, con varias subordinadas, y he procurado reflejar esas estructuras sintácticas.

Por lo que se refiere a algunas expresiones en latín, casi siempre me he guiado por el criterio de Dick: cuando su significado es evidente (y eso pasa más veces en el texto en español que en el inglés), sencillamente se han dejado en latín, en cursiva. Cuando puede ser necesaria una traducción, se ha dado entre paréntesis, como hizo Dick. Aubrey a menudo escribe *Anno Domini* antes del año en que ocurrió algo que va a narrar, y eso lo he dejado también así, en cursiva.

Al parecer Aubrey comenzó a escribir las *Vidas* a partir de 1680, después de haber escrito una biografía de Thomas Hobbes, y siguió prácticamente hasta el final de sus días, en 1697. En algunos casos da la sensación de que o bien retoma notas escritas en vida del personaje y las completa tras su muerte, o bien sus recuerdos son tan vívidos que escribe como si la persona siguiera viva, con frases del tipo «a menudo me ha contado que...» o «suele decir que...», aunque después narre la muerte de ese personaje. Se ha reflejado también ese uso «poco lógico» de los tiempos verbales.

Al principio de la traducción de cada «vida» aparece una breve nota biográfica, en la que a veces he aprovechado para incluir información conveniente para aclarar algo que se mencione en el texto, alguna observación sobre el modo de narrar ciertos incidentes por parte de Aubrey o alguna referencia que pueda resultar de interés para el lector.

La especialista Ruth Scurr, además de publicar en 2015 *John Aubrey: My Own Biography*, obra a la que alude Juan Pimentel, reeditó en 2016 la edición de Oliver Lawson Dick sobre la que se ha basado esta traducción. En su prólogo ella explica lo que hizo Dick: añadir cosas de otros manuscritos de Aubrey a las *Vidas* y eliminar todo lo que no le parecía importante, especialmente las vacilaciones y cambios de opinión del autor. Scurr sostiene que el resultado es «una versión inusitada y estilizada del complejo museo de papel de Aubrey», que en su opinión seguramente hubiera agradado a ese autor del siglo xvii. Esperamos que esta selección traducida resulte del agrado del público lector de lengua española del siglo xxi.

Dedico esta traducción a la memoria de mi madre, María Teresa Iglesia Hebrero, y de Rafael Iglesia Lachica, tío y amigo; a ambos les hubiera gustado leerla y comentarla.

FERNANDO TODA IGLESIA
Salamanca, septiembre de 2016

Fernando Toda Iglesia participa en un proyecto de investigación sobre traducción e identidades financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional para el periodo 2016-19 (ffi2015-66516-p; mineco/feder, ue).

GEORGE ABBOTT

Nacido en 1562, llegó a ser arzobispo de Canterbury tras una vida religiosa y políticamente agitada. Estudió en Baliol College, Oxford, y en 1592 fue nombrado capellán personal del rector de la universidad. Fue director de University College, Oxford, y redactó para sus alumnos *A Briefe Description of the Whole World* (Breve descripción del Mundo entero), que incluía una parte sobre América. Puritano extremista, hizo quemar cuadros religiosos en la plaza pública. Siendo vicerrector de Oxford, sus panfletos incendiarios le granjearon animadversiones. En 1605 envió a la cárcel a 140 estudiantes por haber estado sentados en su presencia con los sombreros puestos en la iglesia de Saint Mary. Fue uno de los revisores de la traducción del Nuevo Testamento hecha para la llamada versión autorizada de la Biblia, encargada por el rey Jacobo I, que se publicó en 1611, después conocida como *King James Bible*. Debido a sus (infructuosos) esfuerzos por reestablecer la Iglesia anglicana en Escocia, Jacobo I lo nombró obispo de Coventry y Lichfield, y en 1610 fue trasladado a Londres. Como arzobispo de Canterbury, prosiguió su lucha contra los arminianos, e hizo quemar a dos de ellos. Se opuso al divorcio de la condesa de Essex, con lo cual perdió influencia en la corte, pero con la llegada a ésta de George Villiers (posteriormente duque de Buckingham) la recuperó, y aprovechó para conseguir que su hermano mayor fuera nombrado obispo de Salisbury. En 1627, el rey Carlos I le quitó toda autoridad, y a partir de ahí no volvió a intervenir en los asuntos de Estado, sino que llevó una vida retirada hasta su muerte en 1633.

Cuando la madre del arzobispo (la esposa de un pobre pelaire de Gilford) estaba encinta de él, tuvo antojo de perca o lucio, y soñó que, si se comiera un lucio, el hijo que llevaba en el vientre llegaría a ser *un gran hombre*. A partir de entonces, persiguió de forma infatigable la satisfacción de su antojo, así como del sueño. De primeras preguntó por este pez: pero a la mañana siguiente, al acercarse con su cubo a la orilla del río (que corre junto a la casa, hogaño una cervecería que lleva el nombre y cartel de Los Tres Marineros) para coger agua, un hermoso lucio se metió por azar en el cubo. Ella se hizo con tan deseado banquete, lo aderezó y lo devoró ella sola casi entero, o poco le faltó. Este extraño asunto causó no poco ruido entre el vecindario, y la curiosidad hizo que varias personas de alta alcurnia se ofrecieran para ejercer de padrinos en la pila bautismal cuando la mujer diera a luz. Debido a su pobreza aceptó esto con júbilo, y fueron elegidos tres, que lo mantuvieron en la escuela, y posteriormente en la universidad, puesto que el padre no disponía de medios. La generalidad tiene esta historia por cierta.

Se crio como escolar en la ciudad, y con el tiempo llegó a ser arzobispo de Canterbury. El viejo Nightingale fue su criado y llora cuando habla de él. Cuantos lo conocieron lo querían. A veces era colérico.

THOMAS ALLEN

Nació en 1542 y murió en 1632. Matemático y astrólogo. Estudió en Trinity College, Oxford. Gozó del mecenazgo del conde de Northumberland, pero no quiso aceptar un obispado que le ofreció el conde de Leicester. Llevó una vida retirada, dio clases particulares de matemáticas y no publicó mucho, pero fue muy estimado como matemático. Su práctica de la astrología hizo que fuera tenido por mago, lo cual puede también explicar la anécdota que cuenta Aubrey aquí.

El Sr. Allen era hombre muy alegre y bromista, y a todos les agradaba sobremanera su compañía, y todas las casas solían invitarlo en sus días de fiesta.

El gran Dudley, conde de Leicester, lo empleaba para hacer predicciones sobre los natalicios, pues era el mejor astrólogo de su época. La reina Isabel lo mandó llamar para que le diera su opinión sobre la nueva estrella que había aparecido en el Cisne o Casiopea (pero creo que era el Cisne), y él emitió su juicio de forma muy docta.

En aquellos tiempos oscuros, astrólogo, matemático y hechicero eran tenidos por la misma cosa; y el vulgo en verdad creía que él podía conjurar a los difuntos. En sus aposentos tenía muchos instrumentos matemáticos y catalejos, lo que también reafirmaba a los ignorantes en esa opinión, y su asistente (para impresionar a los novatos y a la gente sencilla) les decía que él mismo a veces se encontraba con espíritus que subían por las escaleras como abejas. Cierto es que a algunos hombres les produce un gran placer el hecho de mentir y de abusar del entendimiento de la gente crédula, y éste pensaba que servir a semejante amo le confería importancia.

Era conocido de casi todo el mundo, y en los periodos largos de vacaciones se iba a caballo al campo, a visitar a sus conocidos y patronos, por los cuales era muy bien recibido debido a su gran sabiduría, mezclada con un humor de gran dulzura. En cierta ocasión, encontrándose en Hom Lacy, en Herefordshire, en casa del Sr. John Scudamore (abuelo de Lord Scudamore) se dejó por casualidad el reloj en el alféizar de la ventana de su habitación. (En aquellos tiempos los relojes eran algo poco común.) Las doncellas entraron a hacer la cama y, al oír que algo dentro de una cajita redonda hacía tictac, tictac, llegaron a la conclusión de que tenía que ser el demonio; lo cogieron por la cadena con las tenazas de la chimenea y lo lanzaron al foso (para ahogar al diablo). Dio la casualidad de que la cadena se quedó enganchada en la rama de un saúco que crecía en el foso, y esto les confirmó que se trataba del demonio. Así que este buen caballero recuperó su reloj.

FRANCIS BACON, VIZCONDE DE ST. ALBANS

Nació en 1561 y murió en 1621. Estadista y filósofo. Estudió Derecho y ejerció la profesión. En 1584 entró en el Parlamento. Entre sus escritos sobre asuntos públicos, se cuenta *A Letter of Advice to Queen Elizabeth* («Carta de consejos a la reina Isabel») en la que insta a que se tomen medidas estrictas contra los católicos. A pesar de ser amigo y protegido del conde de Essex, estuvo encargado de la investigación sobre las causas de la rebelión de éste en 1601, que acabó en su condena y ejecución por traición. Con la llegada al trono de Jacobo I en 1603, fue nombrado caballero (título de Sir) en ese mismo año. Ocupó varios cargos importantes relacionados con la justicia, y en 1618 fue nombrado Lord Canciller. En 1621 recibió el título de vizconde de St. Albans. Ese mismo año, una comisión parlamentaria sobre la Administración de Justicia lo acusó de corrupción por más de veinte asuntos, con pruebas tan evidentes que él no se defendió. Le fue impuesta una multa de 40.000 libras, y se ordenó que fuera encerrado en la Torre de Londres según el criterio del rey (que ordenó que lo pusieran en libertad a los pocos días). Se le expulsó de la corte para siempre, y quedó incapacitado para cualquier cargo público y para pertenecer al Parlamento, a perpetuidad. Pasó el resto de sus días entregado a la literatura y la filosofía. Su teoría de la filosofía inductiva tuvo gran influencia en el pensamiento posterior, pues estaba empeñado en librar al intelecto de las nociones preconcebidas y dedicarlo al estudio objetivo de los hechos. Además de sus famosos ensayos (*Essays*) escribió obras como *The Advancement of Learning* (Avance del saber), una historia de Enrique VIII y *The New Atlantis* («La nueva Atlántida»).

Cuando su señoría lord Francis Bacon se encontraba en su época de prosperidad, sir Fulke Grevil, lord Brooke, se tenía por gran amigo y conocido suyo; pero cuando Bacon cayó en la ignominia y en la escasez, fue tan mezquino como para prohibir a su mayordomo que le proveyera de cerveza ligera, cosa que había sucedido a menudo, puesto que Bacon tenía el estómago delicado y la que se servía en la posada Gray's Inn no le sentaba bien. Esto ha causado más deshonra a la memoria de lord Brooke que la honra que le ha supuesto la amistad de sir Philip Sydney, grabada en su monumento funerario.

Richard, conde de Dorset, fue gran admirador y amigo del lord canceller Bacon, y solía llevar con él a sir Thomas Bingsley cuando comían juntos, para que anotase los comentarios que Bacon hacía en la mesa.

El Sr. Ben Jonson fue uno de sus amigos y conocidos, como se puede apreciar en sus excelentes versos con motivo del cumpleaños de su señoría y en su obra *Underwoods*, en donde traza una semblanza de Bacon y llega a la conclusión de que en torno a su época y próximos a él nacieron todos los ingenios que podrían honrar a una nación o fomentar el estudio.

El insigne y docto cardenal Richelieu fue un gran admirador de lord Bacon.

Bacon acudía a menudo a visitar a sir John Danvers en Chelsea. Sir John me contó que cuando Bacon había escrito *La historia de Enrique VII* le envió una copia manuscrita para pedirle su opinión antes de mandarla a la imprenta. Objetó sir John: «Milord, sabéis que no soy hombre de letras». «No importa —replicó milord—. Ya sé lo que me puede decir un hombre de letras; desearía saber qué me decís vos.» Sir John la leyó, y le dio su opinión sobre lo que le desagradaba (que lamento decir que he olvidado), y milord reconoció que eso era cierto, y lo enmendó. «Vaya —observó—, un hombre de letras nunca me habría dicho esto.»

Bacon le tenía un gran afecto al Sr. Thomas Hobbes, a quien a menudo invitaba a pasear junto a él por sus cuida-

dísimos huertos, en donde solía meditar. Y cuando una idea destellaba en su mente, el Sr. Hobbes al momento la apuntaba, y milord solía decir que lo hacía mucho mejor que ningún otro de su entorno, porque muchas veces cuando leía las notas de los demás apenas entendía lo que habían escrito, ya que ellos mismos no lo habían entendido bien.

En resumen: cuantos eran grandes y buenos lo querían y honraban. (Sir Edward Cooke, lord presidente del Tribunal Supremo, siempre le tuvo envidia, y solía criticar sus conocimientos legales, como se puede ver en las cartas de milord, y yo he conocido a letrados viejos que se acuerdan de eso.)

Ocupó el cargo de Lord Protector, o regente, durante la estancia del rey Jacobo I en Escocia, y concedía audiencias de Estado a los embajadores en la sala de banquetes de Whitehall, y mandó construir la pajarera para el aviario de York House; costó 300 libras.

En todas las comidas, según la estación del año, hacía esparcir por su mesa hierbas dulces y flores, que según él le refrescaban el ánimo y la memoria.

Cuando milord se encontraba en su casa de campo en Gorhamberry, en St. Albans, parecía que se hubiera trasladado allí la corte, tan noble era su forma de vivir. Sus criados llevaban libreas con su emblema (un jabalí), y sus barqueros daban servicio a más caballeros que ningunos otros, incluidos los del rey. En una ocasión, el rey Jacobo le envió un venado, y él le dio al montero cincuenta libras.

Solía decirle a su criado Hunt (un hombre notable y ahorrador que amaba este mundo): «El mundo se hizo para el hombre, Hunt, y no el hombre para el mundo». Al morir, este Hunt dejó una finca que rentaba 1000 libras al año en Somerset.

Ninguno de sus criados osaba presentarse ante él si no era con botas de cuero español, porque el olor vacuno de las otras le molestaba.

Los mercaderes de la East India Company le obsequiaron con un pequeño bargueño lleno de joyas que su paje, Mr. Cockrane, se encargó de recibir, y engañó a su amo.

Tres de sus sirvientes tenían carruaje propio, y algunos caballos de carreras.

Lord Bacon a menudo tenía música en la estancia contigua a aquella en la que él meditaba. Se me ha olvidado lo que me contó el Sr. Bushell, así que no recuerdo si a milord le inspiraban más las musas por la noche o por la mañana.

Era un buen poeta, pero oculto, como se puede ver en sus cartas:

El mundo es una burbuja, y la vida del hombre
poco más que un instante;
es desdichado desde su concepción, desde el vientre
hasta la tumba.

Maldito desde la cuna, y criado después
con cuitas y temores.

Así pues, quien confía en la frágil mortalidad
dibuja en el agua o escribe sobre el polvo.

Mas ya que vivimos con pesar oprimidos
¿qué vida es la mejor?

Las cortes no son sino escuelas superficiales
para entretener a los necios.

Los distritos rurales se han convertido en guaridas
de hombres salvajes:

Y ¿dónde hay una ciudad tan libre de cualquier vicio
que se pueda considerar la mejor de estas tres opciones?

Las preocupaciones domésticas afligen al marido en el lecho
o le producen dolores de cabeza.

Los que están solteros lo consideran una maldición
o hacen cosas peores;

Algunos querrían tener hijos; los que los tienen se quejan.

¿Qué supone pues tener, o no tener esposa,
sino la esclavitud soltera o una doble lucha?

Quedarnos en casa para complacer a quienes tenemos afecto
nos resulta un mal;

Cruzar el mar hacia alguna tierra extraña
supone peligro y trabajo.

El tumulto de las guerras nos asusta; mas cuando cesan
estamos peor en paz.

¿Qué, pues, nos queda? Sólo que pediríamos
no haber nacido, o ya nacidos, morir.

Era un *παιδεραστής* (pederasta). Sus ganimedes y favoritos admitían sobornos; pero milord siempre emitía juicio *secundum aequum et bonum* (según lo que fuera justo y bueno). Sus decretos como lord canciller se mantienen firmes, es decir, que se han revocado menos que los de ningún otro canciller.

Su viuda se casó con su mayordomo principal sir Thomas (creo) Underhill, a quien volvió sordo y ciego por abusar de Venus en exceso. Aún estaba viva tras la decapitación de nuestro rey Carlos I.

Tuvo un hermano uterino, Anthony Bacon, que fue un gran estadista, y mucho más preparado para la política que Francis, y que era cojo. También era pensionista, y vivía con el conde de Essex. Y a él le dedica la primera edición de sus *Ensayos*, un librito no más grueso que una cartilla, que yo he visto en la biblioteca Bodleiana, en Oxford.

Sus hermanas eran ingeniosas y bien instruidas; entendían bien el uso de los globos celeste y terrestre, como se puede ver en el prefacio del libro de Mr. Blundeville *On the Sphaere* (Sobre la esfera): «Comencé esta Aritmética hace más de siete años para esa virtuosa dama, la señora Elizabeth Bacon, y aunque a petición suya la hice tan clara y sencilla como fura posible (en mi opinión), a pesar de eso su continuada mala salud no le permitió ejercitarse en ella».

Tenía unos ojos delicados, vivaces, de color avellana; el Dr. Harvey me contó que eran como los de una víbora.

En una ocasión, hallándose su señoría en los jardines de York House, al observar cómo los pescadores lanzaban la red, les preguntó cuánto aceptarían por lo que sacaran. Le

respondieron *tanto*; milord tan sólo les ofrecía *tanto*. Sacaron la red y salieron solamente dos o tres pececitos. Su señoría les dijo entonces que más les hubiera valido haber aceptado su oferta; ellos contestaron que esperaban haber obtenido una redada mejor. «Pero –replicó él– la esperanza es un buen desayuno, mas resulta una mala cena.»

Cuando sir Francis cayó en desgracia, sus vecinos, al enterarse de cuán endeudado estaba, fueron a verlo con una petición para comprarle su robledal. Su señoría les contestó que no pensaba vender sus plumas.

El conde de Manchester, al haber sido removido de su cargo de presidente del Tribunal de los Comunes para pasar a ser presidente del Consejo, le dijo a milord (cuando éste fue descendido) que lamentaba verlo convertido en ejemplo de ese modo. Lord Bacon contestó: «No lo lamenta, ya que le han nombrado presidente».

El obispo de Londres mandó talar una hermosa arboleda en Fulham. El lord canciller Bacon le dijo que resultaba un buen desvelador de lugares oscuros.

Cuando cayó en desgracia, sus criados se marcharon en seguida; él lo comparó con la huida de las alimañas cuando se está cayendo una casa.

Alguien le dijo a su señoría que era el momento de mirar a su alrededor. Él replicó: «Yo no miro a mi alrededor; miro hacia arriba».

Sir Julius Caesar (que en ese momento ostentaba el tercer cargo más importante en la Judicatura) le envió a su señoría cien libras como regalo en su momento de necesidad.

Lord Bacon tenía costumbre de tomarse una buena jarra de cerveza fuerte (cerveza de marzo) antes de irse a dormir para adormilar su incansable fantasía, que de otro modo le impedía conciliar el sueño la mayor parte de la noche.

Recuerdo que sir John Danvers me contó que a Bacon le producía gran deleite el bonito y curioso jardincito que tenía en Chelsea, y que una vez que estaba paseando por él cayó totalmente desmayado. Milady Danvers le frotó la cara, las

sienes, etc., y le dio a beber un cordial; en cuanto volvió en sí, él le dijo: «Señora, no soy buen hombre de a pie».

Deseo también escribir algo sobre su título de barón de Verulam, y sobre su casa en Gorhamberry. En Verulam se pueden ver, en algunos lugares, restos de la muralla de la ciudad. Este magnánimo lord canciller tenía la intención de volver a convertirla en ciudad; y la había diseñado para que se construyese con gran uniformidad; mas la Fortuna se lo negó, aunque fue más benévola con el cardenal Richelieu, quien vivió lo suficiente tanto para diseñar como para ver terminada esa especiosa villa de Richelieu, en donde nació, que antes no era más que un pueblo pequeño y poco conocido.

Dentro de los confines de las murallas de esa vieja ciudad de Verulam, cuya baronía llegó a detentar Bacon, se encontraba Verulam House, el montoncito de piedras más ingeniosamente concebido que yo haya visto. No hay duda de que Bacon fue el principal arquitecto, pero tenía como ayudante a un gran favorito suyo, un hombre de St. Albans, el Sr. Dobson, que era la mano derecha de su señoría, y persona muy ingeniosa (trabajaba en el negociado de enajenación de tierras). Ahora bien, este hombre dilapidó su fortuna con las mujeres, y la necesidad obligó a su hijo, Will Dobson, a convertirse en el mejor pintor que ha dado Inglaterra hasta ahora.

La construcción de esta casa costó unas nueve o diez mil libras, y en 1665 o 1666 sir Harbottle Grimston la vendió a dos carpinteros por cuatrocientas libras; ellos le sacaron ochocientas. Siento no haber medido la fachada y los lados; pero poco podía imaginar que la derribarían para vender los materiales. Había espléndidos marcos de chimeneas; las estancias eran muy amplias, y todas estaban ricamente revestidas de madera. Había dos cuartos de baño a los que se retiraba su señoría por las tardes según le pareciera conveniente. Los conductos de todas las chimeneas pasaban por el centro de la casa, y en torno a ellos había asientos. Los tejados estaban recubiertos de plomo, y desde ellos se divisaba una hermosa vista de los estanques, que quedaban opuestos

al lado este de la casa, y más allá del majestuoso paseo bordeado de árboles, que lleva a Gorhamberry House, cuyas copas forman un verdor variado de lo más agradable, parecido a la labor de encaje irlandesa. En el centro de esta casa había una elegante escalera de madera cuidadosamente labrada; en los postes de cada intersticio había alguna bonita talla, por ejemplo, un circunspecto teólogo con su libro y sus lentes, un fraile mendicante, etc. Ninguna estaba repetida. En el exterior de las puertas de la planta superior, que estaban pintadas de ocre, había figuras de los dioses de los gentiles, por ejemplo, en la puerta sur de la segunda planta estaba Apolo; en otra, Júpiter con su rayo, etc., de tamaño mayor que el natural, y pintadas por una mano excelente. Las partes superiores estaban sobredoradas, de modo que cuando les daba el sol se producía un espectáculo glorioso.

La parte de arriba de la puerta de la planta superior del lado este, que daba a la terraza, tenía insertado un gran espejo, que producía en el visitante un engaño muy agradable, pues (una vez que se había deleitado con las vistas de los estanques, los paseos, y el campo, hacia las que daba esa puerta) cuando uno estaba a punto de volver a entrar, habría jurado *primo intuito* (a primera vista) que vislumbraba otra perspectiva a través de la casa; pues en cuanto el visitante salía a la terraza, el conserje que mostraba la casa cerraba la puerta para luego provocarle esta falacia mediante el espejo. Ésta era la casa de verano de su señoría, pues él dice, en sus *Ensayos*, que uno debe tener residencias para invierno y para verano, como se tiene ropa para esas estaciones.

Desde allí hasta Gorhamberry, en línea recta (más o menos una milla, con una suave ascensión) se llega por tres paseos paralelos: por el de en medio pueden circular los carruajes de tres en fondo; por los laterales, de dos.

Aproximadamente a mitad de camino entre Verulam House y Gorhamberry, a mano derecha, en la ladera de un monte con que se enfrenta el transeúnte, están plantados de

forma artificiosa varios majestuosos árboles, cuya diversidad de verdes produce un efecto extraordinariamente agradable en la ladera. Estos exquisitos caminos y perspectivas mantienen la mirada entretenida hasta llegar a Gorhamberry House, que es una casa gótica grande y bien construida, erigida (creo) por sir Nicholas Bacon, lord guardián del sello y padre de este lord canciller del que hablamos, a quien le tocó en herencia al fallecer Anthony Bacon, su hermano mediano, sin descendencia. Francis Bacon le añadió un noble pórtico, que da hacia el sur de los jardines. Detrás de cada arco del pórtico, en la pared, y del mismo tamaño que los arcos, se encuentran (y la lástima es que sea en acuarela), curiosas pinturas, todas ellas emblemáticas, con distintos lemas bajo cada una. Por ejemplo, recuerdo una que representa un barco zarandeado por una tormenta, y el lema es *Alter erit tum Tiphys* (Llegará otro Tifis).

Sobre este pórtico hay una majestuosa galería, cuyas ventanas, todas, tienen cristales pintados; en cada una hay varias imágenes de animales, pájaros o flores. Tal vez su señoría quisiera que sirvieran de temas para la memoria local. Las ventanas dan al jardín; en la pared opuesta a ellas no hay ventanas, pero está toda cubierta de retratos, como por ejemplo del rey Jacobo, de su señoría y de otras personas ilustres de su época. Por el extremo por el que se accede a ella no hay ventana, pero hay un gran cuadro que representa lo siguiente: en el centro, en pie sobre una roca en el mar, está el rey Jacobo, con armadura y con todos sus ornamentos regios. A su derecha (pero no recuerdo si también sobre una roca) se encuentra el rey Enrique IV de Francia, con armadura, y a su izquierda el rey de España, que también la lleva. Estos retratos son (como mínimo) de tamaño natural; están pintados sólo con ocre y sobredorados, como las imágenes de los dioses de las puertas de Verulam House. Esta galería tiene un techo semicilíndrico, y está pintado por la misma mano y del mismo modo, con cabezas y bustos de emperadores griegos y romanos y de héroes.

En el salón principal (que pertenece al edificio antiguo) se puede ver una gran historia, muy bien pintada, de las hazañas de los dioses, en donde Marte está atrapado por Vulcano en una red. En la pared, sobre la chimenea, hay pintado un roble con bellotas que caen, y una leyenda que dice *Nisi quid potius* (A falta de mejor ocasión), y en la pared que queda tras la mesa está pintada Ceres que enseña a sembrar el grano, y en ese caso la leyenda reza *Moniti meliora* (Ahora estamos mejor aconsejados).

El jardín es extenso, y sin duda en tiempos de su señoría debió de estar exquisitamente plantado y cuidado. Hay una hermosa puerta que da a un robledal; sobre esa puerta, en letras doradas sobre fondo azul, hay escritos seis versos.

Los robles de ese bosque son grandes y copudos. Su señoría se solazaba mucho allí; bajo cada uno de ellos plantó alguna hermosa flor, o flores, y algunas de ellas allí siguen (1656), a saber, peonías y tulipanes.

Desde ese bosque hay otra puerta que da a un lugar tan espacioso como un parque, cuya parte occidental es un bosquecillo que atraviesan paseos rectos como una línea y lo suficientemente anchos como para que pase un carruaje, de un cuarto de milla o más de largo. Aquí venía mucho a meditar su señoría, acompañado por su sirviente el Sr. Bushell que, con pluma y tintero, iba dispuesto a recoger sus ideas del momento.

La parte oriental de este parque fue en el pasado, y en la prosperidad de Francis Bacon, un paraíso; ahora es un gran campo arado. Los paseos, tanto en los bosquecillos como en otras zonas boscosas, estaban diseñados de la manera más ingeniosa: en varios lugares con buenas vistas se habían levantado elegantes casas de verano, bien construidas al estilo romano, con paredes bien revestidas y buenos techos. Aún siguen en pie, pero tan deterioradas que se diría que habían pasado por allí los bárbaros, conquistándolas.

Los estanques tenían este aspecto: el fondo estaba recubierto de guijarros de distintos colores, dispuestos para for-

mar diferentes figuras, como peces, etc., que en tiempos de su señoría se distinguían bien a través de las claras aguas, pero que ahora están recubiertos de juncos y otra vegetación. Si un pobre hombre le llevaba a milord media docena de guijarros de un color curioso, él le daba un chelín; tal era su afán por perfeccionar sus estanques, que calculo que ocupan unos cuatro acres. En el centro del estanque que queda en medio, en una isleta, hay una curiosa sala de banquetes de estilo romano, con solado de mármol blanco y negro, techado con pizarra de Cornualles, y con las paredes bien revestidas.

En ciertas ocasiones, su señoría solía decir: «Me apuesto mi finca de Gorhamberry», a lo que una vez le respondió un juez con malicia que no apostaría contra eso, pero sí aceptaría una apuesta contra cualquier otra finca de Bacon. Ahora el ilustre lord canciller sólo poseía ésta, la de Gorhamberry.

En abril, y en primavera, cuando llovía, su señoría salía a dar una vuelta en su carruaje (abierto) para recibir los beneficios de la irrigación que, según solía decir, era muy saludable debido al nitró que se encontraba en el aire y al *espíritu universal del mundo*.

El Sr. Hobbes me contó que la causa de la muerte de su señoría se debió a que estaba probando un experimento: iba tomando el aire en el carruaje con el Dr. Witherborne (un escocés, médico del rey) por Londres, en dirección a Highgate, y había nieve en el suelo; a milord se le ocurrió que si la carne se podía conservar en sal, quizá también pudiera conservarse con nieve. Decidieron hacer el experimento sobre la marcha. Se bajaron del coche y entraron en casa de una mujer pobre, al pie de la subida de Highgate, y le compraron una gallina, e hicieron que la mujer la matase y eviscerase, y luego rellenaron el cuerpo con nieve, y milord ayudó él mismo a hacerlo. La nieve le causó tal enfriamiento que inmediatamente enfermó tanto que ya no pudo regresar a sus aposentos (me imagino que estaría en Gray's Inn) sino que se fue a casa del conde de Arundel en Highgate, donde lo

metieron en una buena cama preparada con un calentador, pero resultó que la cama estaba húmeda porque no se había dormido en ella desde hacía al menos un año, lo cual le provocó un resfriado de tal calibre que en dos o tres días, según recuerdo que me contó el Sr. Hobbes, murió de sofocación.

En este octubre de 1681, corrió la voz por todo St. Albans de que sir Harbottle Grimston (magistrado del Tribunal de Apelación) había sacado el ataúd de este lord canceller tan renombrado para dejar sitio al suyo propio allí, en la cripta de la iglesia de St. Michael.

ISAAC BARROW

Matemático. Nació en 1630 y murió en 1677. A los treinta años obtuvo la cátedra de Griego en Cambridge, y en 1662 la de Geometría en Gresham College, que abandonó al ser nombrado el primer titular de la cátedra Lucasiana de Matemáticas, en Cambridge. En 1669 dimitió de ella en favor de su discípulo, Isaac Newton. En 1670 fue nombrado por decreto doctor en Teología. Se cuenta que, tras haber predicado un sermón que duró más de tres horas, comentó que se sentía algo cansado por estar de pie tanto tiempo. Fundó la biblioteca de Trinity College, Cambridge, cuando en 1672 llegó a director de esa institución.

Su padre, Thomas Barrow, era el segundo hijo de Isaac Barrow, de Spinney Abbey, en el condado de Cambridge, donde fue juez de paz durante más de cuarenta años. El padre de este Thomas nunca pensó en que fuera a convertirse en comerciante, pero lo trataba de forma tan severa que el muchacho no podía soportar vivir con él, así que se vino a Londres y se colocó de aprendiz con un pañero. Tenía una tienda con el nombre y cartel de The White Horse en Forster Lane, cerca de la iglesia de St. Forster, en la parroquia de St. Leonard, y bautizó a su hijo en la de St. John Zacharie, en Forster Lane, pues en aquellos días se había derribado la iglesia de St. Leonard para reedificarla.

Comenzó a ir a la escuela con el Sr. Brookes como maestro, en Charter House, donde estuvo dos años. Su padre le pagaba cuatro libras al año al Sr. Brookes, aunque lo estipulado eran dos, para que tuviera buen cuidado de él; pero el Sr. Brookes se mostró negligente, y de esto el director de la escuela advirtió a su padre (del que era pariente) y le dijo